

de sus accesos de somnambulismo : nos aprovechamos de esta agitacion inusitada para volver á descubrir un carruaje, caballos y un cochero : no fué cosa fácil; mas á fuerza de pesquisas, ayudados por un natural del país, lo conseguimos por fin. Hicimos nos protestase el cochero que su tiro no se dormiria en el camino, y partimos para Blakenberghe con la sola intencion de dirigir una mirada al Océano, que no habia visto yo hacia tres ó cuatro años, de lo que comenzaba á cansarme.

Desgraciadamente, el Océano no es visible todos los dias. Subimos sobre mogotes y buscamos con la vista; pero habia echado su velo de vapores, y nos fué preciso contentarnos con oírle rugir sordamente. Supimos que estaba siempre en el mismo sitio, y esto nos bastó.

Comimos en Blakenberghe, encantadora aldea del gusto holandés, y enteramente poblada de pescadores : en seguida volvimos á dormir á Brujas.

Al dia siguiente estábamos de regreso en Bruselas, donde encontré una carta del señor Van Praët : el rey, que habia tenido la bondad de notar que no nos habiamos vuelto á encontrar, me invitaba á comer de allí á dos dias en Malinas. En este dia habia gran funcion religiosa en la cabeza de distrito del segundo círculo de la provincia de Amberes.

Celebrábase allí el jubileo de 850 años en honra de Nuestra Señora de Hanswyck.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

### EL JUBILEO DE 850 AÑOS.

Acepté la invitacion con tanto mas placer cuanto que desde que estaba en Bélgica no oia hablar mas que del dicho jubileo de Malinas.

Justo es decir que despues de Nuestra Señora de Loreto, y Nuestra Señora del Monté Carmelo, Nuestra Señora de Hanswyck es una de las Madonas mas veneradas en el orbe cristiano.

Como sus rivales, su primera aparicion es milagrosa. Un bajel, de una forma extraña y desconocida, se detuvo un dia en el Dyle; entraron en él pescadores y encontraron allí la efigie de la Virgen que se adora hoy. Aquella detencion indicaba el deseo que tenia la Madona de que se la edificase un templo en aquel sitio. No dejaron de satisfacerlo, y edificaron la primera iglesia, que fué destruida en 1578 y reedificada en 1676.

El 15 de agosto de 1838 se cumplian precisamente ochocientos cincuenta años que la Virgen de Hanswyck habia manifestado de una manera tan evidente su predileccion á los habitantes de Malinas, y el jubileo á que habia sido invitado á asistir tenia por objeto celebrar aquel alegre aniversario.

Este dia no se trataba de caminos de hierro; habia salidas de media en media hora, se habia aumentado cada convoy con cincuenta carruajes pero con solo ver la multitud que se apiñaba en la estacion, era fácil comprender que las salidas, por aproximadas y multiplicadas que fuesen, no bastarian á llevar la mitad de aquella afluencia que se extendia formando cola en el momento en que yo debia volver al Ayuntamiento. Tomé, pues, el partido de ponerme en busca de un carruaje, que con mucho trabajo, y mediante dos luses diarios, conseguí al fin encontrar.

Hay cuatro leguas de Bruselas á Malinas, y sin embargo todo el camino estaba cubierto de gentes de á pié, casi tan juntas como los soldados de un regimiento que desfila; hombres y mujeres que marchaban con toda gravedad, como conviene á verdaderos Belgas que creerian indigno de ellos divertirse como los *frausche-padden* ó *franquillones*. Por consiguiente, no hay peligro de que se confundan jamás con los aturdidos Franceses, como nos llaman los mas políticos de entre ellos.

Por lo demás, la mirada del cicerone brujelés me habia maravillado por su sagacidad en los dos ó tres dias que habia permanecido en la capital de Bélgica. No podia dar un paso fuera de la fonda sin verme asaltado por gentes que me ofrecian, los unos conducirme al palacio del principe de Orange, los otros á Santa Gudula, estos al Ayuntamiento, aquellos al Jardin Botánico. Habia tenido por conveniente arreglar mi paso al del indigena que me precedia, aceptar sus modales nacionales y silbar canciones que no existen, mas no sé porqué habia sido conocido al momento como francés. Esto lo confieso, me humilló mucho: habia creido que cuando tenia un pantalon á lo cosaco, mis manos metidas en los bolsillos, mi cinta de Leopoldo en el ojal, y no hablando, tenia el aire belga tanto como cualquiera otro; mas en este punto reconocí al momento que me habia equivocado. Así que terminé por tomar resueltamente mi partido y hacia dos ó tres dias que no se me ocurría siquiera disimular mi nacionalidad.

Preciso es decirlo en alabanza de aquellas honradas gentes de á pié, aunque compatriota de los vencedores de Amberes, llegué á las puertas de Malinas sin haber sido insultado: mas en la puerta me fué preciso apearme; habia allí tal multitud, que se habia prohibido á los carruajes circular.

Eché pié á tierra, y guiándome por la torre de

la catedral, una de las mas bonitas que existen, á pesar de estar sin concluir, llegué por fin á la plaza del Ayuntamiento. La Bélgica entera parecia haberse dado cita para Malinas. De seguro habia mil quinientas almas.

Pero lo que me quedaba que hacer era mucho mas difícil de ejecutar que lo que habia hecho : por mas celeridad con que fuí á Malinas, me habia retrasado, y encontré el Ayuntamiento defendido por una triple barrera de soldados entre los que se hallaba la música tocando aires militares.

Cuando el Flamenco está vestido sencillamente de paisano, condesciende en hablar en francés ó poco menos ; pero cuando está sobre las armas, no comprende mas que su lengua nacional. Resultó, pues, que á pesar de proponerme explicar lo mas politicamente posible á dos ó tres oficiales, que estaba invitado á comer por el rey Leopoldo, como no llevaba conmigo la carta de invitacion, mi prosa fué completamente ininteligible, de modo que no me quedaba mas recurso que intentar ganar por la fuerza mi posicion, cuando tuve la felicidad de ser visto por el señor Rodenbach, gobernador del distrito, quien conversaba en aquel momento en un balcon con el rey : llamó al punto sobre mí la atención de S. M., quien viendo mi crítica posicion, tuvo la bondad de enviar en mi auxilio á un ayudante de campo. Segun parece, la palabra

*Plaza* es igual en francés que en flamenco, porque apenas el ayudante de campo la pronunció se abrieron las filas y yo pasé triunfante.

Estábase ya á punto de ponerse á la mesa : sin embargo, el rey tuvo tiempo de presentarme á la reina, pobre jóven que cae de rodillas á cada rumor que oye procedente del lado de Francia ; pude yo darla buenas y recientes noticias de algunas personas de su familia, y sin duda debí á esta circunstancia la graciosa acogida que me hizo.

La comida fué corta y bulliciosa ; la excitacion que parecian experimentar todos, y de que era la causa el jubileo, habia apartado á un lado lo que la etiqueta real tenia de mas riguroso. Por otra parte, me pareció que el rey se semejava mas á un padre rodeado de su familia, que á un soberano en medio de sus súbditos.

A los postres se presentaron diputados en la procesion á pedir el permiso para ponerse en marcha ; era muy larga, y era de temer si se tardaba mas que no pudiese desfilar todo durante el dia. El rey respondió levantándose y todos acudieron á los balcones. En el mismo momento, los soldados que estaban en la calle se formaron en fila, á fin de abrirse un paso por medio de la multitud. Oyéronse las trompetas, y se vió aparecer una mitad de cazadores á caballo, abriendo la marcha á la cabeza de la cabalgada una banda de música.

Detrás de la mitad de cazadores iba una banda de música de infantería.

Después cuatro porta-estandartes de la Santísima Virgen de Hanswyck : aquí comienza la procesion.

Procesion indescribible y de la que nos veremos obligados á citar pura y simplemente el programa, contentándonos con decir que, contra la costumbre, se seguía exactamente este programa.

Treinta y seis doncellas á caballo representando la letanía de la Santísima Virgen, llevando en la mano derecha una bandera blanca, y en la izquierda, unas la *Casa de oro*, otras el *Espejo de pureza*; el coro de ángeles con harpas y cantando himnos en honor de la Virgen;

Una primer carroza representando la reina de los Angeles, precedida de tres genios;

Una segunda carroza representando la reina de los Patriarcas, precedida de tres genios;

Una tercer carroza representando la reina de los Profetas, precedida de tres genios;

Una cuarta carroza representando la reina de los Apóstoles, precedida de tres genios;

Una quinta carroza representando la reina de los Mártires, precedida de tres genios;

Una sexta carroza representando la reina de los Confesores, precedida de tres genios;

Una séptima carroza representando la reina de las Vírgenes, precedida de tres genios;

Una octava carroza representando la reina de todos los Santos, precedida de tres genios;

La gran orquesta de Malinas;

La Virgen de Malinas rodeada de nueve doncellas á caballo representando las virtudes de la ciudad de Malinas;

Oficiales de ordenanzas, ayudantes de campo del rey y grandes oficiales de la corte precediendo la carroza real;

Una novena carroza representando la familia real rodeada de las principales virtudes que le son propias;

Navio representando el bienestar de la patria;

El caballo Bayardo montado por los cuatro hijos de Aymon acompañado de sus potros;

La familia de los gigantes;

El abuelo de los gigantes, de emperador romano;

Dos camellos montados por amorcillos;

El camino de la fortuna;

Destacamento de caballería cerrando la marcha de la procesion.

Habia obrado con acierto la procesion enviando mensajeros á S. M. para suplicarle apresurase su comida, porque empleó cerca de tres horas en pasar; verdad es que se componia de mas de trescientos personajes y cuatrocientos caballos, y que cada

grupo se detenía ante los balcones reales para cantar su himno.

Por mi parte estaba maravillado, lo confieso; me encontraba transportado á una fiesta del siglo xv con todo su lujo religioso. Malinas había expuesto ante nosotros sus mas hermosos hijos para figurar los amores, y sus doncellas mas hermosas para hacer de ángeles y de genios: y todo esto cubierto de joyas, terciopelo y seda. Tal paje de diez años llevaba sobre sí valor de treinta mil francos en encajes; el total del gasto era de ciento cincuenta mil francos. Ahora bien, Malinas no tiene mas que veinte y cinco mil almas de poblacion y ninguna otra ciudad habria competido con el lujo que desplegaba ella en este dia. Hubiera podido ser mejor aplicado este lujo, la forma de las alas de los ángeles no era la mas pura *Beato Angelico*; el corte de los vestidos hubiera podido tener un aspecto mas divino si hubiesen sido cortados por un dibujo de Luis Boulanger; en fin, aquellos jockeys con gorros de terciopelo y gabanes anchos que se deslizaban furtivamente entre aquella sociedad celestial bajo pretexto de tener los caballos de la brida, alteraban un poco la armonía del conjunto. Pero en nuestros dias, como se sabe, no hay buena sociedad en la que no se mezclen algunos pícaros; es preciso no ser demasiado escrupuloso.

Tres personajes de la procesion debían tener el

honor de ser recibidos por el rey y la reina; eran estos la Virgen de Malinas y los dos niños que representaban al rey y la reina de los Belgas.

En efecto, al llegar á la puerta del Ayuntamiento se bajó la Virgen de Malinas, quedando á caballo las virtudes de la ciudad, y subió á la habitacion en que estaba el rey: le hizo en puro flamenco un cumplido á que el rey respondió en el mismo idioma. La reina se quitó una presilla y se la dió, con lo que la Virgen se retiró muy contenta y dejó el sitio al pequeño rey y á la pequeña reina de los Belgas.

Se bajaron estos de su carroza sin inquietarse por las virtudes que son propias de la familia real, como no se habia inquietado la Virgen por las de la ciudad, y subieron á su vez. Sin duda se habia dado de antemano á los padres la noticia del traje del rey Leopoldo y de la reina Luisa, porque sus dos representantes estaban vestidos absolutamente del mismo modo, condecorado el reyecito con las mismas órdenes, y adornada la pequeña reina con las mismas joyas. Los reyes abrazaron á sus miniaturas, les llenaron los bolsillos de dulces, y los dos niños, sumamente gozosos, volvieron á subir en su carroza, ideando el modo de conservar su aire respetuoso al mismo tiempo que se comían sus confites.

Cuando todo hubo pasado, hasta el navío que

representaba el bienestar de la patria, el cual iba sobre ruedas, hasta la familia de los gigantes y el caballo Bayardo, montado por los cuatro hijos de Aymon y rodeado de sus potros, el rey se volvió hácia mí.

— ¡ Y bien! me dijo. ¿Qué pensais de esto?

— Señor, respondí, pienso que la Bélgica toda entera está personificada en la fiesta que Malinas nos da hoy. ¡Un misterio de la edad media que se viene á ver por camino de hierro!

En efecto, no es uno de los menores trastornos de nuestra época ver á un príncipe protestante convertido de hecho en rey cristianísimo

Después de aquello habia no sé qué ceremonia en la iglesia de Nuestra Señora de Hanswyck; el rey tuvo la bondad de ofrecerme un sitio entre sus ayudantes de campo; mas le dí gracias y le pedí permiso para separarme de él, puesto que dejaba yo á Bruselas al día siguiente por la mañana, y no dejaba de estar algun tanto alarmado acerca del modo de volver allí, puesto que los caminos de hierro sin duda estarian muy concurridos, y segun todas las probabilidades habia perdido mi carruaje. Conoció el rey la validez de semejantes razones, y me volvió mi libertad.

Me aproveché de ella inmediatamente para ir en busca de mi cochero y corrí á la puerta donde le habia dejado; mas, como lo habia previsto, no es-

taba allí. Volví al Ayuntamiento donde encontré al señor de Rodenbach, quien me ofreció con una finura encantadora, á mí y á las personas que me acompañaban, un asilo provisional que llegaria á ser definitivo si nuestro cochero no se encontraba. Aceptamos, y el señor de Rodenbach puso toda la policía del distrito en la pista de mi hombre.

A las nueve de la noche llegaron á anunciarnos que le habian encontrado borracho en las cocinas del Ayuntamiento, mientras que los caballos por su parte se comian la avena del rey. El bribon habia creido que puesto que yo habia sido invitado, él lo era tambien; y habia obrado en su consecuencia.

Volvimos á Bruselas con mucha mas velocidad que al ir á Malinas. La hospitalidad régia producía su efecto.

### FONDA DE ALBION.

Al día siguiente nos confiamos de nuevo, no á un cochero ebrio y á dos caballos bien repletos, sino á un mecánico, á dos rails y á unos treinta sacos de carbon, mediante los que anduvimos las diez y ocho leguas que separan á Lieja de Bruselas en cuatro ó cinco horas. Cuando digo las diez y ocho leguas, me engaño; no anduvimos mas que diez y siete, puesto que el convoy se para á no sé cuántos miriámetros de Lieja. Allí caimos en medio de un ejército de ómnibus, cuyos cocheros se precipitaron sobre nosotros. Despues de haber sido tirados en distintos sentidos por espacio como de diez minutos, quedé como propiedad de uno de ellos, que me empaquetó en su vehículo; grité como un desaforado por mis maletas, mis paquetes y mis libros, y quise saltar violentamente del furgon: desgracia-

damente era yo el catorce, de modo que sin inquietarse en lo mas mínimo con mis reclamaciones, el hombre del banquillo cerró la puerta, echó un pestillo y gritó al cochero: ¡Completo! y partimos á galope para la patria de Malherbe, Regnier y Gretry. Despues de haber rodado así tres cuartos de hora próximamente, en cuyos últimos momentos se habia detenido para dar libertad á cuatro ó cinco de mis compañeros, hizo el ómnibus una nueva pausa, el hombre del banquillo volvió á abrir la portezuela, y dirigiéndose á mí:

- Aquí es vuestra fonda, me dijo.
- ¡Ah! ¿Y cómo se llama mi fonda?
- La fonda de Albion.
- ¿Y mis paquetes?
- Vendrán dentro de un momento.
- Mas ¿cómo los conocerán?
- ¿Está escrito en ellos vuestro nombre?
- Sí.
- Está bien: estad tranquilo.

Me bajé del ómnibus, que volvió á partir á galope, y me encontré con el baston en la mano ante la fonda de Albion.

Esperé un instante por ver si salia álguien á recibirme; mas viendo que la puerta permanecía cerrada, tomé el partido de presentarme por mí mismo. Entré, pues, y pedí de cenar y una habitacion.

La huésped dormía en un rincón de la cocina; levantó la cabeza y me miró con un aspecto de asombro tal, que creí había tomado una puerta por otra, y que me había entrado en casa de alguna honrada ciudadana donde no tenía derecho de hacer semejante pregunta. Mas dirigiendo la vista á mi alrededor, reconocí en el modo como estaban dispuestos la batería de cocina y los hornillos, que no tenía nada que reprenderme.

— ¿Desea el señor alguna cosa? me preguntó la huésped.

— Sin duda, algo deseo.

— Entonces, si el señor quiere decir lo que desea...

Creí que no me había portado con bastante política, y que la compatriota de Mathien Laemberg quería darme una lección de cortesía.

— En primer lugar, respondí, deseo saber cómo sigue Vd.

— Caballero, estoy buena, ¿y Vd.?

— Yo no me siento mal; solo si tengo mucho apetito.

— ¿Es Vd. belga, caballero? replicó la huésped sin comprender al parecer la alusión directa con que iba yo á mi negocio.

— Perdóneme Vd., soy francés.

— ¡Ah! Vd. dispense, mas á nosotros los Walones no nos gusta mucho alojar Flamencos. Pero

si Vd. es francés, caballero, es otra cosa: no hay mas que hablar.

— Pues bien, desearia cenar, os lo juro.

— ¡Oh! es muy tarde para cenar.

— Me parece que es una razón mas.

— En su lugar de Vd., caballero, continuó la buena mujer con aire despegado, yo no cenaria.

— ¿Y porqué? si no lo llevais á mal.

— Mejor almorzaria mañana por la mañana.

— Espero almorzar muy bien mañana por la mañana, aun cenando esta noche; veamos, ¿qué hay en esta despensa?

— ¡Ah! dijo la huésped sin moverse de su sitio; si el caballero hubiese venido antes de ayer... Antes de ayer era cuando estaba bien provista la despensa. Antes de ayer era día de mercado, de modo que teníamos gallinas, patos y perdices.

— Escuchad, dije interrumpiéndola, no os pido una cena de tres entradas. Si no teneis gallinas... ni patos... (yo me iba deteniendo á cada volátil que nombraba) ni perdices... ¿No? ¿ni perdices?... (la huésped meneó la cabeza). ¡Pues bien! si no teneis ni gallinas, ni patos, ni perdices, tendreis un trozo de cebón ó de vaca fiambre, ¿eh?

— ¡Oh, caballero! si hubiese sido ayer, me respondió la huésped; ¡oh! sí, había un magni-



fico trozo de cebon y un bonito pedazo de vaca, porque ayer era dia de matadero.

— Pues bien, de esos dos pedazos, ¿no os queda para componerme uno?

— Absolutamente nada; un flamenco ha comido lo último aun no hace dos horas. ¿Vos no sois flamenco?

— No, os he dicho que soy francés.

— ¡Ah! es verdad. Es que nosotros los Walones no podemos sufrir á los Flamencos.

Esperaba yo sacar algo siguiendo su idea.

— Efectivamente, repliqué, es un pueblo bien miserable el pueblo flamenco; sin embargo, tiene una cosa de bueno, y es que en sus posadas, á cualquier hora que se llegue á ellas, se encuentra siempre algo que comer.

— ¡Y bien! ¿creeis acaso que nadie se muere aquí de hambre?

— Jamás se muere uno de hambre, respondí haciendo, por acortar el diálogo que comenzaba á llevar algo lejos, una pregunta á mi huésped; jamás se muere uno de hambre cuando hay manteca y huevos.

— ¡Oh! aquí, dijo la huésped, es el país de la buena manteca, el país walon.

— Sea enhorabuena.

— Desgraciadamente, hay costumbre aquí de no hacerla mas que una vez por semana.

— ¿Y qué dia?

— El viernes.

— ¿Estamos?...

— En miércoles.

— Así que no teneis mas que manteca añeja.

— No tenemos de ninguna clase; ¡oh! nunca guardamos manteca añeja. Nuestra manteca es demasiado buena para conservarla.

— Entonces, ¡cómo ha de ser! dadme huevos: me contentaré con ellos.

— Esta mañana tenia cuatro docenas.

— No necesito tantos; mandad que me den cinco ó seis pasados por agua.

— Es preciso que os diga que nosotros los habitantes del país walon no enseñamos practicantes.

— ¿Practicantes de cirugía?

— ¡Oh! conozco perfectamente que no sois flamenco: sois un corrido. Tanto mejor, porque los Walones no podemos...

— Bueno, bueno, ya lo habeis dicho: no podeis sufrir á los Flamencos, ¿no es esto? Teneis razon; pero volvamos á los huevos.

— Pues bien, los huevos los he dado á empollar.

— ¡Lléveos el diablo! cómo, ¿no os queda ni uno?

— ¡Ah! sí, creo que me queda uno de pava.

— Un huevo de pava no es despreciable; ¿dónde está ese huevo?

— Está muy fresco el que os ofrezco; puesto de esta mañana.

— Bueno.

— Con eso vais á cenar como un príncipe. Mirad, continuó la huéspedada abriendo la puerta de la alacena, ¡ es gordo !

En efecto, era el tamaño de un huevo de avestruz.

— Vamos pronto, un puchero, me muero de hambre.

— ¡ Pardiez ! no se tardará mucho; ved, siempre hay agua puesta al fuego. ¡ Toma, toma ! añadió la huéspedada cogiendo el huevo.

— ¿ Qué hay ? pregunté asustado al ver su aire estupefacto.

— ¡ Sin duda habrá sido el pordiosero de Valentin el que me habrá jugado esta pasada !

— ¿ Qué pasada ?

— ¡ Está soplado !

— ¿ Quién está soplado ?

— ¡ Pardiez, el huevo !

— ¿ Cómo, soplado ?

— Sí, soplado. ¡ Figuraos que ese pordioserillo es peor que una comadreja ! se vuelve loco por los huevos: cuando puede coger uno del gallinero, es asunto concluido; le hace un agujero en cada

extremo con un alfiler, le sopla y lo sorbe calentito. Son excelentes para el estómago los huevos acabaditos de poner.

— ¡ Cómo ! ¿ y el miserable se ha sorbido ese ?

— ¡ Ay Dios mio ! sí.

— ¡ Un huevo de pava !

— Exactamente. ¡ Es cosa de ver como le aprovechan ! está fuerte como un turco.

— ¡ Oh ! ¡ es un chico hermoso ! Ya le vereis mañana.

— ¡ Oh ! sí, deseo que me le presenten, le daré las gracias. ¡ Qué canalla !

— ¡ Eh ! señora huéspedada, dijo un mozo de esquina abriendo la puerta de la calle, aquí están los efectos del caballero belga que se ha apeado en vuestra casa.

Reconocí mi maleta á la luz de la lámpara, y me dirigí á la puerta; el conductor del ómnibus no me habia engañado: todo estaba allí.

— ¿ Sois, pues, belga ? me preguntó la huéspedada.

— No, en verdad, no soy belga, soy francés. ¿ Quereis ver mi pasaporte ?

— Entonces, ¿ porqué dices que este caballero es belga ? replicó la huéspedada dirigiéndose al mozo.

— ¡ Toma ! yo digo que es belga, porque viene de Bruselas.

— En efecto, dijo la huéspedea como convencida por la exactitud del razonamiento.

Ví que las cosas tomaban mal giro para mí, y que despues de no haber comido, podia ser muy bien que no tuviese cama. Me apresuré, pues, á meter mis maletas en la cocina y á pagar al mozo. Y llamando á la criada, la dije llevase mis efectos á mi habitacion.

— ¿ Vuestra habitacion ? ¿ Teneis una ? me respondió la doncella.

— Todavía no la tengo, pero espero que vuestra ama tendrá á bien proporcionarme una.

— *Vergenia*, conducid al caballero al número treinta y cinco, dijo la huéspedea.

— ¿ Quereis venir, caballero flamenco ? me dijo la muchacha tomando la vela.

— Al menos, dije exhalando un gran suspiro, haécid que me lleven á mi habitacion un pedazo de pan, agua y azúcar.

— Ea, buenas noches.

— Buenas noches. ¡ Es tan difícil dar gusto á estos Flamencos !

Tenia yo desgracia : en Bruselas no podia pasar por belga, y en Lieja no querian reconocerme como francés.

Seguí á *Vergenia*, como la llamaba la huéspedea en idioma walon, hasta el piso tercero ; detúvose aquí al fin y me abrió la puerta de una habitacion,

que á juzgar por los principios, lo confieso, no esperaba encontrar tan limpia.

— Aquí, dijo *Vergenia* dejando la vela sobre la chimenea, espero que estará Vd. bien, caballero flamenco.

— Magníficamente, respondí ; pero no olvideis mi pan, mi agua y mi azúcar.

— Se os va á subir todo eso inmediatamente.

— Está bien, esperaré.

— Bueno, eso es, esperad, dijo la jóven, y se fué.

Esperé media hora larga, y viendo que nadie acudia, tomé la vela y bajé. Todos estaban acostados en la casa. Saqué el reloj, y eran las diez y media. Volví á subir á mi habitacion, y escribí en mi album de viaje :

— No olvidar la fonda de Albion.